



CAPITULO XIX

El Padre de la Mariscalía en sus relaciones sociales

Guillermo y Federico Dórrit se paseaban de arriba abajo en el patio de la prisión, ofreciendo un contraste que, á falta de otro, hubiera bastado para excitar la sorpresa del espectador. El primero, el cautivo, con su aspecto de persona distinguida, mostrábase afable y risueño, como hombre que está satisfecho de su posición; el segundo, el libre, humilde y abatido, parecía tan quebrantado y tenía tan mísero aspecto, que cualquiera hubiera podido creer que él era el preso, y no su hermano.

Los dos se paseaban por el patio, como hemos dicho, y era precisamente el día en que la niña Dórrit había hablado con el joven Juan en el Puente colgante. El decano había terminado satisfactoriamente sus asuntos del día, pues gracias á las muchas presentaciones y visitas, la calderilla que tenía sobre su mesa habíase cuadruplicado, y esto era lo bastante para que estuviese contento. Por lo mismo mostrábase complaciente con el pobre Federico; procuraba andar con el paso lento y perezoso de su hermano, y, modesto en su reconocida superioridad, dispensábale la mayor consideración.

En cuanto á Federico, con su mirada apagada, su mano

temblorosa y su paso vacilante, parecía aceptar la protección de su hermano, como aceptaba todo incidente en el laberinto del mundo donde se había perdido. Llevaba en la mano el cucurucho de rapé, según su costumbre, y á cada momento tomaba un polvo, contemplando á intervalos á su hermano con admiración.

El decano miraba con frecuencia á su alrededor, como para recibir los saludos de los presos, á los cuales contestaba con una ligera inclinación de cabeza, procurando al mismo tiempo que los presentes no tropezaran con su hermano, que parecía ciego.

—Te veo algo abatido esta tarde, Federico—dijo el padre de la Mariscalía.—¿Tienes algún disgusto?

—¿Algún disgusto? No, Guillermo, no tengo nada.

—Si yo pudiera inducirte á cuidar un poco de tu persona, Federico...

—Sí, sí—interrumpió el anciano;—ya comprendo, pero eso no puede ser; no puedo hacerlo, y por lo tanto no me hables más del asunto.

Nada hubiera faltado á Guillermo Dórrit para ser un modelo de guía fraternal, de filósofo y de amigo, si hubiese preservado á su hermano de una ruina completa en vez de causarla él mismo.

—Creo, Guillermo—dijo Federico,—que comienzo á cansarme, y por lo tanto me voy á la cama.

—Querido Federico, no te detendré un momento más, pues no quiero que sacrifiques tus gustos á los míos.

—Las veladas, la atmósfera pesada de mi habitación, y también los años—dijo Federico,—contribuyen á debilitarme.

—Hermano mío—repuso el decano,—¿piensas tú que cuidas lo bastante de tu salud, y que tus costumbres son tan regulares y metódicas como... las mías por ejemplo? Dudo que tomes el aire necesario y que hagas suficiente ejercicio, Federico; aquí tienes un paseo que está siempre á tu disposición, y no sé por qué no habías de aprovecharlo más.

—¡Ah! sí, sí, sí.

—¡Bueno! tú te limitas á decir que sí, pero no utilizas mi consejo; deberías tomar ejemplo de mí, pues la necesidad y el tiempo me han enseñado lo que debo hacer. A ciertas horas precisas del día me encontrarás en el paseo, en mi cuarto ó en la portería, leyendo mi diario, recibiendo mis visitas, ó comiendo y bebiendo. Hace ya muchos años que he acostumbrado á Amy á esta exactitud, haciéndole comprender

que debo tomar mi alimento siempre á horas fijas; ella lo sabe y cuida de que así sea.

El hermano suspiró, volviendo á repetir:

—¡Ah! sí, sí, sí.

—Amigo mío—dijo el padre de la Mariscalía, apoyando ligeramente su mano en el hombro de Federico por temor de que se cayera,—no hace más que repetir las mismas palabras, y no sé si tendrán algún sentido oculto, pero me parece que no pueden significar gran cosa. Yo quisiera despertarte un poco, Federico; tú necesitas que te despierten.

—Sí, Guillermo, sí, no hay duda, pero yo no soy como tú.

—¡Oh!—repuso el decano,—si tú quisieras podrías parecerme á mí.

Así diciendo, el decano condujo á su hermano hasta la verja con cierto aire caritativo y protector, saludando al paso á los presos que encontraba, y como estaba muy satisfecho entró en la portería, donde Chivery el carcelero le hizo un respetuoso saludo, acercando una llave á su gorra, y preguntó-le cómo seguía de salud.

—Gracias, Chivery—contestó el decano,—estoy bueno, ¿y usted?

—¡Oh! perfectamente.

—Esta mañana he recibido la visita del joven Chivery—dijo Dórrit,—y observé que iba muy lechuguino.

—Sí, sí—repuso el carcelero,—eso he oído decir; pero quisiera que mi hijo no gastara tanto en arreglarse, para no tener tantas cavilaciones.

—¿Qué cavilaciones, Chivery?—preguntó el decano con benevolencia.

—Nada, nada—contestó Chivery;—no importa. ¿Se va el señor Federico?

—Sí, amigo mío, parece que está cansado y algo indispuerto. Vamos, buenas noches, hermano mío.

El anciano se quitó con una mano su grasiento sombrero para saludar á los presentes, y dió la otra á Guillermo, dirigiéndose después á la puerta que el carcelero acababa de abrir.

—Haga usted el favor de no cerrar en seguida—dijo el decano á Chivery,—por si acaso le sucede algo.

Y esforzando la voz gritó:

—¡Ten cuidado, Federico, mira bien los escalones, y alerta con los carruajes al cruzar la calle!

Cuando hubo dado estos consejos, el decano dirigió á los

circunstantes una mirada como diciéndoles: «¿No es verdad que mi pobre hermano es muy digno de lástima por no estar encerrado como nosotros?»

Terminada su visita, el decano volvió á su habitación, donde estaba dispuesta la mesa para cenar, y la bata del anciano pendiente del respaldo de una silla junto á la chimenea. La niña Dórrit guardó en el bolsillo su libro de oraciones y levantóse para saludar á su padre.

—¿Se ha marchado el tío Federico?—preguntó la joven, ayudando al decano á mudar de traje.

—Sí, ya se ha marchado.

—¿Y ha sido el paseo agradable?

—No mucho, Amy, no mucho.

—¿No se encuentra usted bien, padre mío?

El decano se sentó sin contestar y comenzó á mirar el fuego con cierta expresión de vaga inquietud. Cuando volvió á tomar la palabra, hizolo al principio pronunciando frases sueltas que no expresaban bien su pensamiento.

—Es preciso que... haya... alguna cosa... ¡hem!... no sé qué... tendrá... no sé por qué Chivery se ha mostrado así. Esta tarde... ¡hem!... no ha sido tan obsequioso como de costumbre. ¡Hem!... no es mucha la diferencia, pero basta para contristarme. ¡Ah! hija mía, cuando uno se halla en nuestra posición ha de sufrir á menudo las impertinencias de esa gente, que á cada hora del día puede causarnos un disgusto.

La niña Dórrit, que estaba de pie detrás del sillón de su padre, no miraba al anciano mientras hablaba, pero inclinó la cabeza, fijando su vista en otra parte.

—Yo...—continuó el decano,—¡hem! no imagino, hija mía, qué podrá haber ofendido á Chivery, que generalmente se muestra obsequioso y atento. Esta tarde me ha parecido muy... lacónico... conmigo, y lo siento más porque ha sido en presencia de personas extrañas. ¡Santo cielo! si Chivery y sus colegas dejaran de apoyarme y reconocermé en lo que soy, estaría expuesto á morirme aquí de hambre. ¡Ah! no puedo imaginar en qué consistirá esto, no puedo explicarme la causa de tan brusco cambio.

El anciano guardó silencio de pronto, cual si hubiese dado fin á sus reflexiones, mientras que la niña Dórrit aplicaba suavemente la mano sobre los labios de su padre, como si no quisiera oírle hablar más así. Sucedióse entonces un silencio profundo, durante el cual el anciano pareció abismarse en sus pensamientos, en tanto que la niña Dórrit apoyaba la ca-

beza en el hombro de su padre.

La cena se acababa de guisar en una pequeña cacerola, y cuando la joven comprendió que estaba á punto, dispúsose á servir al anciano.

El decano se sentó en el sitio acostumbrado, y la niña Dórrit se colocó á su lado. Hasta entonces, padre é hija habían evitado mirarse; pero poco á poco, el anciano comenzó á hacer mucho ruido con el cuchillo y el tenedor, cogiendo todos los objetos bruscamente; mordía el pan con furor, y demostraba por sus ademanes que no se hallaba en su estado normal. Al fin rechazó de sí el plato y comenzó á hablar en voz alta con una singular incoherencia.

—¿Qué importa que yo coma ó me muera de hambre?—exclamó.—¿Qué importa que una existencia tan amarga como la mía se termine ahora ó se prolongue hasta la semana ó el año próximo? ¿Qué soy yo? ¡Un pobre preso que vive de las limosnas y de los restos de los demás; un pobre diablo que no tiene honra ni dinero!

—¡Padre, padre!—exclamó Amy, arrodillándose á los pies del anciano y levantando las manos en actitud suplicante.

—Amy—continuó el decano, con voz ahogada y temblorosa y mirándola fijamente con la expresión de un loco,—te digo que si pudieras verme como tu madre me vió, no reconocerías al infeliz á quien sólo has contemplado á través de los barrotes de esta jaula. Yo era joven entonces; tenía talento y buena figura, y además era independiente, sí, hija mía, era libre como el aire que respiraba, apetecían mi sociedad y me envidiaban.

—¡Padre mío!—exclamó la niña Dórrit, tratando inútilmente de sujetar los brazos que el anciano agitaba sin cesar.

—Si yo me hubiese retratado en aquella época, muy mal debiera haberse hecho la pintura para que ahora no te mostrases orgullosa de lo que tu padre ha sido; pero no pensé en ello. Sirva de ejemplo á los demás, y que cada cual sepa conservar al menos este ligero recuerdo de la época en que era feliz y respetado, para que sus hijos tengan una prueba del rango que ocupó. A menos que mis facciones no recobren después de la muerte el aspecto que tenían en la juventud, según dicen que sucede algunas veces, mis hijos no me podrían reconocer.

—¡Padre mío!

—¡Oh! sí, despréciame cuanto quieras; aparta la vista de

mí, no me escuches, ciérrame la boca, y avergüénzate de tenerme por padre. Ahora ya estoy endurecido; me he rebajado tanto, que no me puedo contristar mucho, ni aun por esta causa.

—¡Querido padre, yo le amo de todo corazón!

Y al decir esto, la niña Dórrit rodeó con sus brazos el cuello del anciano, á quien hizo sentar, y añadió:

—Déjese usted de esas reflexiones, padre mío, míreme usted y abráceme; piense en mí un solo instante.

El anciano, sin hacer caso de su hija, continuó en el mismo tono:

—Y sin embargo, aquí se me respeta; he sabido realzarme y no me he dejado humillar; pregúntese á cualquiera quién es aquí la persona más importante, y todos dirán que yo; mi muerte daría más que decir que la de ningún otro; y ¿crees tú, hija mía, que tu padre es despreciado generalmente, y que no hay nada que le rehabilite? ¿No guardarás de él más recuerdos que los de su ruina y de su decadencia? ¿No podrás conservar ningún afecto al pobre paria cuando haya dejado de existir?

Al pronunciar estas palabras, el decano no pudo reprimir el llanto, y apoyando la cabeza en el hombro de su hija, vertió silenciosas lágrimas.

—¡Oh! ¡Amy, querida Amy! ¡cuántos días te he visto cuidarme y trabajar para mí!

La niña Dórrit hizo todo lo posible para calmar á su padre, suplicándole que le perdonara si le había faltado alguna vez al respeto; y á fin de distraerle de sus reflexiones, hablóle sobre modas y otros asuntos diversos, poniéndole así al fin de buen humor.

Mientras que el anciano fumaba tranquilamente, la niña Dórrit arregló la cama y la habitación, y entonces el decano, sintiéndose fatigado, no sólo por lo avanzado de la hora, sino también por las emociones de aquella tarde, levantóse del sofá para bendecir á su hija y darle las buenas noches. Durante toda aquella conversación no había pensado una sola vez en la ropa de Amy, ni en sus pobres zapatos, ni en otras mil cosas que la pobrecilla podía necesitar. Nadie en el mundo se ocupaba menos que el decano de lo que faltaba á su hija.

Sin embargo, antes de acostarse, abrazóla varias veces repitiendo:

—¡Dios te bendiga, hija mía! ¡Dios te conceda un sueño tan tranquilo como yo deseo!

Pero la niña Dórrit se había conmovido tan profundamente por lo que acababa de ver y oír, que temía dejar solo á su padre, pensando que tal vez volvería á desesperarse, entregándose de nuevo á sus lamentaciones.

—Querido padre—le dijo,—no estoy cansada; permítame usted volver cuando se haya acostado para sentarme aquí.

El anciano le preguntó si la entristecía la soledad.

—Sí, señor—contestó la niña Dórrit.

—Entonces, vuelve si quieres, hija mía.

—Estaré bien quietecita, padre mío.

—No te preocupes por mí, hija mía; puedes volver siempre que te plazca.

El anciano parecía medio dormido cuando la joven volvió á entrar; pero oyó cómo arreglaba el fuego, y preguntó quién era.

—Soy yo, padre—contestó la niña Dórrit.

—Amy, hija mía—repuso el anciano,—ven aquí; quiero decirte una cosa.

La niña Dórrit se arrodilló junto al lecho del decano, cogiéndole las manos; y en aquel instante despertáronse de pronto los sentimientos del verdadero padre.

—Hija mía—le dijo,—tú has arrastrado aquí una existencia muy triste, sin amigas, sin recreo ninguno y rodeada de cuidados.

—No hablemos de eso, padre mío—replicó la niña Dórrit,—no pienso en ello nunca.

—Tú conoces mi posición, Amy, y bien sabes que nunca he podido hacer gran cosa por ti; pero cree que lo que he podido, lo he hecho.

—Sí, padre mío—contestó la niña Dórrit,—ya lo sé.

—Pronto hará veintitrés años que estoy en esta prisión, y te aseguro que en este tiempo no he dejado de hacer por mis hijos cuanto me era posible. Amy, amor mío, tú sabes que de los tres tú eres aquella á quien profeso más cariño, tú la que ha ocupado siempre el primer lugar en mi pensamiento; y que cuanto he podido hacer en interés tuyo lo hice siempre sin murmurar.

Sólo la sabiduría suprema que tiene la llave de todos los corazones y de todos los misterios, podría conocer hasta qué punto un hombre, sobre todo un hombre envilecido como el decano, puede imponerse á sí mismo. Por lo pronto basta

decir que volvió á reclinar la cabeza sobre la almohada con aire sereno y majestuoso, después de confesar su degradación á su cariñosa hija, sobre la cual había pesado y pesaba más que sobre nadie la existencia de aquel anciano.

Y no obstante, la niña Dórrit no se permitió abrigar ninguna duda ni hacer la menor pregunta, limitándose á murmurar: «¡Pobre padre, es el más tierno y el más cariñoso de los padres!»

La joven veló al anciano durante el resto de aquella noche, cual si se creyera culpable de alguna falta y tratase de purgarla con su cariño; sentóse junto al lecho, y de vez en cuando acariciaba á su padre, pero tan ligeramente, que no podía interrumpir su sueño.

Velando estuvo hasta que vió asomar la primera claridad del día; entonces levantóse de su silla, dió el último beso al anciano y salió ligeramente de la reducida habitación. Cuando hubo llegado á su mísero cuarto, lo primero que hizo fué abrir silenciosamente su ventana para mirar el patio de la prisión por la parte del oeste, donde las puntas de hierro que guarnecían el muro parecían enrojecerse en su extremidad, iluminadas por los primeros albores de la aurora. Jamás le habían parecido aquellas puntas tan agudas, ni tan pesados los barrotes, ni tan lúgubre y estrecha la prisión de la Mariscalía, é involuntariamente pensó en los grandes ríos, en los inmensos océanos, en los ricos paisajes y en los frondosos bosques poblados de avejillas, que saludan alegres la salida del sol. Y fijando su mirada en aquella tumba viva, cuyas formas se destacaban ya claramente, y donde su padre estaba encerrado hacía ya veintitrés años, no pudo menos de exclamar, poseída de profunda tristeza y de dolorosa compasión:

—¡No, no; nunca le he visto como debía ser!



CAPITULO XX

El gran mundo

Si el joven Juan Chivery hubiera tenido el deseo ó el talento suficiente para escribir una sátira contra el orgullo de nacimiento, no habría necesitado buscar los ejemplos muy lejos, pues los tenía en la misma familia de su amada. No era posible encontrar otros mejores que aquel Tip, aspirante á caballero, y aquella hermana desdeñosa, acostumbrados ambos á todo género de bajezas, dispuestos siempre á pedir prestado, á mendigar de los más pobres, á comer el pan y gastar el dinero de todo el mundo, y á beber en la copa de todos, rompiéndola después. Nada más fácil que pintar al natural la existencia sórdida de aquellos personajes que evocaban sin cesar el fantasma de sus pretensiones aristocráticas para deslumbrar con falaces apariencias á sus bienhechores.

En nuestra historia no podemos precisar con exactitud la época en que el joven Tip y la señorita Fanny comenzaron á evocar sistemáticamente el esqueleto aristocrático de su noble familia, destinado á ejercer impresión en la mayoría de los presos, pero sería sin duda en el tiempo en que comenzaron á comer á expensas de la comunidad. De todos modos, ello es que cuanto más pobres y necesitados estaban, más